



J. M. VARGAS VILA

Los Divinos
y
Los Humanos

PARÍS

LIBRERÍA AMERICANA

—
1903

C863.6
V297d

10-17-XI-78

PB8179

•V3

05

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.



FSRM

4147

Dos lustros han corrido desde la aparición de :
Los Providenciales.

Y, hoy al publicarlos en la edición definitiva de mis obras políticas, nada tengo que cambiarles...

Respeto mis ideas de entonces, mis pasiones de entonces, mi estilo de entonces.

Son los mismos de hoy.

Los tiempos han pasado, no han cambiado.

La misma aglomeración de sombras que es casi una petrificación de las tinieblas sobre el horizonte de la América.

Las mismas orgías de la fuerza, vencedora ; las mismas bacanales de sangre ; la misma abyecta sumisión de los pueblos vencidos.

El ala de la muerte ha pasado abatiendo en el polvo la frente soberbia de los últimos *Providenciales* de mi libro.

Murió Guzmán Blanco, el grande hombre cesá-

reo, murió en el destierro, declinando en un crepúsculo nostálgico, su gran frente de medalla imperial. Cayó sobre sus arcas repletas, en el estancamiento de sus millones inmensos, ocultándose como un gran sol de peculado tras de una montaña de oro. Murió en el ostracismo ya que no pudo vivir en el poder. Y, entró erecto en la Historia, ya que un hombre semejante no puede entrar nunca en el Olvido.

Su imperio, su grande imperio, ó sea la democracia turbulenta que él había encadenado, celebró sus funerales con sangre, como los de un jefe bárbaro, dividida, anarquizada, fue como las tribus de la Escritura y enloquecida, delirante, en un espasmo de desorden, ebria de tumultos, devorada por las facciones, azotada por los caudillos, sintió las picas de los bárbaros golpear en sus murallas... El Atila teutón la hirió con el guantelete de hierro del salvaje Elector de Brandemburg, y vió su cielo obscurecido por las águilas germanas, las águilas negras y odiosas, espanto de la civilización, que velan como cuervos emblemáticos, sobre la tumba del armador suicida, sobre la cual aquel Emperador de decadencia, extendió el escudo de los Hohenzolern, como una bandera de perdón clavada en las costas calcinadas del Mar Muerto.

Murió Núñez, el buitre lírico, murió envenenado por los jesuitas, con las complicidades venales del amor... Dobló su frente de poeta, enigmático y sombrío, indescifrable ante la muerte, resignado á la inflexible ley moral que lo mataba... Tras de él, se extendió el desierto, la sombra, la sangre y la muerte... Gramáticos estóolidos y venales se disputaron el cadáver de ese pueblo, que el traidor les había entregado como un Cristo, maniatado y doloroso.

Lo devoraron en la noche, como hienas, á una extraña luz de crepúsculo polar. Y, aquel pueblo abdicó para siempre. Vencido hasta en el corazón, gangrenado hasta en las entrañas, tiene conciencia de su propia ruina. Es un cadáver que asfixia al mundo.

Murió Andueza Palacio, el histrión trágico. Murió ebrio, repugnante, feliz el cerdo fatal! El idiota fue perdonado. No pudo ser olvidado. Le decretaron honores, pero no pudieron darle honor. El honor no se decreta. La Historia no se vende á la fortuna.

Ulises Hereaux también cayó.

Fué asesinado en una selva, el negro épico y terrible.

Aquel, fue, el gran gorila trágico.

Su inmensa mueca, de mono ebrio y feroz llena

de tristeza y de espanto los limbos asombrados de la Historia.

Su huella de palmado enfurecido y obsceno, quedó impresa allí, en lodo y en sangre, como la de un gran orangután violador en camino hacia la selva.

Su vida fué la odisea de un antroipoide en orgasmo, la leyenda de un primate escapado á la montaña virgen.

Ese bárbaro, obscuro como la noche, pertenece á la Historia, pero á la Historia Natural...

Es la pantera negra del *providencialismo*. Con él se entra no ya en la sombra sino en el caos, vive y se mueve, no ya en las tinieblas de la barbarie, sino en plena bestialidad.

El largo gesto de su dictadura simiesca es la negra contorsión de un mono en los limbos de la Noche impenetrable.

Pertenece á la Zoología.

Y, un viento de pacificación y de Olvido, pasa por sobre las tumbas malditas... Y, el rosal de la piedad, sacudido por este viento de oprobio, que viene de las selvas profundas de la abyección, tapiza de rosas primaverales de Perdón, los sepulcros de los grandes sembradores de la muerte y de la ruina.

Legiones amnésicas de esclavos en histeria, se alzan diseñando con sus manos apoteóticas del crimen extraños gestos de absolución en el vacío...

Es el homenaje de las gacelas cándidas á los grandes felinos desaparecidos.

La debilidad perdona, la Verdad no.

El odio al mal es un deber.

En esta hora de fraternidad yo vengo á decir los hechos de la iniquidad.

Cuando todos perdonan, yo acuso.

Cuando todos absuelven, yo denuncio.

Yo no perdono al Crimen.

Tengo la religión del Odio, como otros tienen la del Amor.

Lo creo la más alta virtud viril, que pueda albergarse en pecho de varón.

Gusto de inspirarlo y de sentirlo, como una consagración de mi fuerza y una prueba de ella.

El Olvido predicado y practicado en favor del Crimen, me parece el más nefando apostolado de ignominia, la más cobarde exaltación de las victorias malditas, el más aleve ultraje que la debilidad hecha complicidad, puede infligir á la Virtud vencida y á la Eterna Verdad, encadenada.

Con un solo hombre que resista, en las horas definitivas de la Historia, no hay triunfos definitivos

del Mal, por más que digan lo contrario, la humildad de los vencidos, resignados á la derrota, y la insolencia de los vencedores, orgullosos de la victoria.

Mientras haya un hombre que grite sobre el silencio abyecto de la opinión, ese grito siembra la redención y la vida... La simiente del Verbo, se fecunda mejor en los surcos profundos del silencio.

El gesto del sembrador es más augusto en la hora taciturna del crepúsculo.

El grito vibra y repercute más fuerte en la atmósfera calmada.

El grito solitario es más recio que el tumulto.

El grito de las águilas, vibra más alto que el rumor fragoroso de las olas.

El olvido no se decreta.

Hoy que todos quieren olvidar, este libro mío, viene á recordar.

Hoy que cerca á las tumbas abiertas, sobre los campos tristes, donde los Providenciales, patalearon como bestias feroces, no se habla sino de amor y de fraternidad, lanzo ese libro, como la gran simiente de odio, que ha de caer sobre el surco abierto, húmedo en sangre.

Hoy que un viento de pacificación, pasa por sobre las almas vencidas, va ese libro mío, como un

viento de rebelión, á soplar sobre los espíritus que aun permanecen irreductibles.

Las almas no se encadenan.

En ese concierto de Amor y de Olvido, quiero que este mi libro sea la palabra de Odio y de recuerdo inexorables.

Va él, sobre los sepulcros, donde duermen los hechos y los hombres, diciendo como el Cristo al cataléptico: *Surge*.

Muertos y matadores, víctimas y verdugos, patíbulo y jueces, vencedores y vencidos, todos se alzan aquí, en gesto pacífico y desesperado, suplicatorio de piedad y de Justicia.

En este libro luce la Verdad, como el sol, en el fondo de un lago quieto.

Ni la disfrazo, ni la callo.

La pinto, como pintaría un fresco mural, si me fuera dado manejar el pincel trágico de Orcagna ó de Carpaccio.

Mi pluma evocatriz no da la calma.

Yo no sé de las capitulaciones definitivas.

Ni pido ni acepto gracia.

No doy ni quiero olvido.

Estoy fuera del paladium de la clemencia y de la zona de la pacificación.

No reconozco la victoria, me vuelvo á ella y la afrento.

Quedo armado y aislado, llevando el duelo de la libertad vencida.

Permanezco irreductible.

En esa onda de pacificaciones y rendiciones, no va mi barca... Ella sigue la corriente del deber, solitaria y altiva hacia la muerte.

Quedo sobre el peñón abrupto de mi antiguo ostracismo, sin que un viento de desco bese las alas de mi espíritu, tentándome con un miraje de vuelo hacia regiones más felices.

Soy el rebelde intacto. La evocación dolorosa de un pasado ya casi desaparecido. Sobre la roca de mi destierro ondea, desplegada á todos los vientos de la pasión la bandera roja de mis cóleras.

Y, se oye en la soledad que me rodea, el sonido de mi lira monocorde de sectario irreductible. Soy el último laudador de odios anacrónicos.

El tiempo y el dolor no me han vencido.

El hálito de derrotas que ha azotado mi vida, no ha matado uno solo de mis amores, uno solo de mis odios, una sola de mis esperanzas.

Mis sueños, como todas las cosas inmortales, no envejecen. Conservan su virginal blancura y arrojan sobre mi alma su sagrado candor de cosas inmarcesibles y divinas.

Hoy como ayer soy la protesta.

Yo no he sido nunca la guerra.

Yo he sido la revolución. La guerra es el hecho. La revolución es la Idea. La Idea es inmortal.

Yo no estoy vencido.

Yo no he vivido esos poemas épicos y gloriosos, que han muerto unos tras otros, como las olas de una mar terrificante y soberbia.

El poema de mi prosa bélica, sigue su lenta teoría de inacabables denunciaciones.

Mis libros son como musas que besa la Historia.

Permanezco inexorable.

Capitulan los ejércitos, no los pensadores. Se rinden las armas, no las ideas.

Mi combate es eterno, como el Mal.

En la hora de ese abrazo que vencedores y vencidos, se dan sobre los campos sangrientos, bajo los cielos aun vibrantes de la América, yo desencadenado entre ellos, esa procesión de sombras dolorosas y terribles...

Y, á los grandes vencidos del pasado, que si pudieran llorar, llorarían con lágrimas de eternidad, la inutilidad de su sacrificio heroico y la pompa estéril de su sueño inerte, ofrezco esta flor de odio y de justicia, que será germen un día de una gran floración de reivindicaciones históricas.

Es mi protesta contra los que quieren abolir el pasado en nombre del Olvido.

El pasado no muere, va en pos de nuestros pasos. Y, grita á veces.

Este libro es un grito del pasado.

El pasado es la voz de los muertos.

Los muertos gritan en el libro mío.

.....
Todos van hacia el perdón y hacia el Olvido.

Yo quedo en mi roca aislada, abrazado á mis viejos dolores pensativos.

Soy el último rebelde.

Y, cuando no quede sino un irreductible contra ciertos hombres y ciertas ideas en América, ese irreductible seré yo.

Mi pluma no capitula.

VARGAS VILA.

Paris, 1903.

PROVIDENCIALES